

La importancia de la experiencia estética y su talante humanista en el cuidado de nuestra casa común

The importance of the aesthetic experience and its humanistic spirit in the care of our common home

Humberto Enrique Cordero Galdós
Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú
ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-9228-4682>
Contacto: humberto.cordero@pucp.pe

RESUMEN

Este artículo se propone revalorizar desde un talante humanista la experiencia estética como consustancial a la deliberación ética y al estudio científico para el cuidado de nuestra casa común. Ello, a partir del aporte fundacional de Alexander von Humboldt y algunos autores contemporáneos que desde diversos ámbitos (como la teología, la filosofía, el ecologismo y el psicoanálisis) nos interpelan a integrar las experiencias de la belleza, la bondad y la verdad en un contexto de acuciante crisis ambiental y climática.

Palabras clave: experiencia estética, deliberación ética, humanismo, belleza, cuidado, casa común.

ABSTRACT

This text intends to revalue the aesthetic experience from a humanist perspective as inherent to ethical deliberation and scientific study for the care of our common home. This, based on the founding contribution of Alexander von Humboldt and some contemporary authors who from various fields (such as theology, philosophy, environmentalism and psychoanalysis) challenge us to integrate the experiences of beauty, goodness and truth in a context of pressing environmental and climate crisis.

Keywords: aesthetic experience, ethical deliberation, humanism, beauty, care, common home.

“En nuestras tinieblas no hay un sitio para la Belleza. Todo el sitio es para la Belleza”.

René Char

“No se deja el camino errado por el bueno si éste no se entiende como el único bello. Apelar a la utilidad es no conocer el corazón humano. Conviene hacer notar cuánto les importa a las constelaciones el perfume del espino blanco”.

Guido Ceronetti

Introducción

Emilio Lledó, en un breve - pero sugestivo y lúcido - escrito titulado “*Verdad, bien, belleza, el corazón de las Humanidades*”, utilizado como base para redactar su discurso de recepción del Premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades 2015, alude a aquellos “elementos” a los que accedemos a través de “esa luz interior, nacida en el corazón del lenguaje” (Lledó, 2020, p. 108) que nos ha hecho comunicación y humanidad: verdad, bien y belleza (*Alétheia, Agathón, Kalón*). Dichos elementos, según Lledó, “irradiaron hacia un horizonte ideal de la vida ya humana y están, por ello, en el origen de ese también sorprendente concepto: Humanidades” (Lledó, 2020, p. 108).

Por su parte, el movimiento ecologista que irrumpió como movimiento sociopolítico durante la segunda mitad del siglo pasado, también estuvo asociado - en su origen - a un movimiento estético cultural en el cual llegaron a converger las nuevas sensibilidades y visiones de filósofos, científicos, políticos y artistas. Precisamente en este sentido, es que Ricardo Leis afirma que la “armonización de nuestros saberes racionales, sensibles, estéticos y espirituales está implícitamente asumida en el desarrollo del ambientalismo como movimiento histórico-vital” (Leis, 2004, p. 139).

En este orden de ideas, nuestro propósito en el presente artículo es insistir en la importancia de la experiencia estética en la integración de los tres elementos que sustentan el “talante humanista” en el cuidado de “nuestra casa común”. Talante humanista que en tanto búsqueda de una “formación integral” de las personas abarca “tanto la formación del intelecto como la formación de la afectividad, del cuerpo, de la sensibilidad y del sentido ético y ciudadano de la persona” (Tubino, 2015, p. 736).

Partimos de la convicción de que solo a partir de la integración e imbricación vital enriquecedora de estos tres elementos (verdad, bien y belleza) y sus respectivas dimensiones (científica, ética y estética), estaremos en capacidad de orientar nuestra libertad humana para un

genuino y sostenido cuidado de nuestra casa común. Ello, por cuanto, como sostiene Miguel Giusti, “Es la experiencia de la belleza que, sumada a la bondad y a la verdad, han constituido desde siempre el ideal comprensivo de la libertad, tanto desde el punto de vista de la razón como desde el de la fe” (Giusti, 2015, p. 29).

A continuación, partiremos por abordar el carácter fundacional y pionero de dicho enfoque integrador en la obra del naturalista alemán Alexander von Humboldt, para luego reseñar la especial insistencia de algunos representantes contemporáneos de la cultura humanista - cuyos aportes consideramos especialmente relevantes - en este enfoque integrador y en su innegable correlato práctico en el cuidado del planeta.

Alexander von Humboldt y el carácter pionero de su acercamiento humanista hacia la naturaleza

Si a alguien podemos calificar de pionero en el cuidado de nuestra casa común desde el talante humanista, es al naturalista y filósofo alemán Alexander von Humboldt (1769 - 1859), cuyo ejemplo y aportes resultan especialmente significativos tanto por su amor a la naturaleza y su vocación trashumante y cosmopolita, como por encarnar los valores más perdurables de la ilustración y del romanticismo.

Así, desde el inicio de *Cosmos*, una de sus principales obras, reconoce como una intuición primigenia que por “una feliz conexión de causas y de efectos, generalmente aún sin que el hombre lo haya previsto, lo verdadero, lo bello y lo bueno se encuentran unidos a lo útil” (Humboldt, 1874, p.35). En dicha intuición encontraremos el germen de su talante humanista que lo acompañaría durante toda su vida.

Es precisamente a partir de esta seminal imbricación a partir de la cual Humboldt siempre insistió en concebir a la naturaleza como una “unidad viva” compuesta de múltiples pulsiones y fuerzas vitales, afirmando - también en *Cosmos* - que “la contemplación de las cosas creadas,

enlazadas entre sí y formando un todo animado por fuerzas interiores, da a la ciencia que nos ocupa en esta obra un carácter particular” (Humboldt, 1874, p.42).

De este modo, a Humboldt debemos una forma de concebir la naturaleza, de especial importancia y vigencia hasta hoy, como una entidad interconectada, un organismo vivo, en suma, una red de vida. Precisamente debido a ello, siempre encarnó un modelo de científico y pensador sistémico que apostaba por un acercamiento que no se limitaba a obtener datos meramente empíricos, sino que insistía en la necesidad de la imaginación y las emociones en dicho acercamiento. Ello por cuanto para Humboldt no solo somos parte de la naturaleza físicamente, sino también emocional y psicológicamente.

Como bien lo expone Andrea Wulf en su sugestiva obra “La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander von Humboldt”, fue gracias a dicha conjunción entre su espíritu ilustrado de vocación universal y el hecho de ser amigo cercano de los principales románticos, como Schiller o Goethe, lo que permitió a Humboldt poner un renovado énfasis en la subjetividad logrando a través de dicha integración “vincular la anterior visión mecanicista de la naturaleza que habían promulgado científicos como Leibniz, Descartes y Newton con la poesía de los románticos” (Wulf, 2019, p. 64).

De este modo, ante los manifiestos y cada más evidentes peligros que comporta una visión meramente mecanicista de la naturaleza (cercenada al ser apreciada solo por su valor instrumental) y el reduccionismo que esta conlleva, “los románticos tratan de recuperar la idea de la vitalidad inmanente de la naturaleza” (Giusti, 2015, p. 59), la cual comporta un inevitable cambio de actitud frente a ella (al recuperar un acercamiento basado en su valor intrínseco).

En este sentido, como sostiene lúcidamente Miguel Giusti, el amor de Humboldt por la naturaleza es un sentimiento integrador, complejo, multidimensional y aleccionador, toda vez que

reúne en sí tres grandes dimensiones que le son fundamentales: la dimensión *estética*, la dimensión *ética* y la dimensión *científica*. A eso nos llama Humboldt: a amar la naturaleza por su belleza, por su valor para nuestra vida y por la posibilidad de penetrar científicamente en sus misterios (Giusti, 2015, p. 58).

La experiencia estética como acicate para revertir el afán consumista y expoliador

Partimos por considerar que uno de los aportes más significativos de la experiencia estética para el cuidado de nuestra casa común consiste en atenuar - e incluso revertir - el afán meramente instrumental y consumista respecto de los recursos naturales existentes en ella.

Desde los inicios de la ecología y del ecologismo la experiencia estética de la naturaleza ha estado presente, conjuntamente con el interés científico y las reflexiones éticas sobre la necesidad de conservarla, en los aportes fundacionales de pioneros como Ernst Haeckel (1834 - 1919) quien acuñó el término “ecología” o Aldo Leopold (1887 - 1948), quien en el prólogo de su *Almanaque del condado arenoso* consideró que abusamos de la tierra porque la tratamos como “una mercancía que nos pertenece” (valor instrumental) y no como “una comunidad a la que pertenecemos” (valor intrínseco), único camino - este último - que nos posibilitará tratarla con amor y respeto: “La tierra no tiene otro modo de sobrevivir al impacto del hombre mecanizado, y nosotros no tenemos otro modo de recoger la cosecha estética que ella puede darnos, y su contribución a la cultura, con la ayuda de la ciencia” (Leopold, 2000, p. 39).

A pesar de dicha raigambre desde los propios orígenes de las principales reflexiones sobre la ecología y el ecologismo, ha sido recientemente que se ha vuelto a abordar e insistir en la importancia de la experiencia estética y su relación con la actitud que debemos hacia la naturaleza y el planeta como nuestra casa común. Ello, ante

la acuciante crisis global ocasionada por el cambio climático y el creciente afán expoliador de muchos de los principales conglomerados empresariales del planeta.

A continuación, vamos a reseñar las recientes posiciones - que ponderamos de inobjetable talante humanista - que nos parecen más relevantes en dicho sentido.

Uno de quienes ha abordado recientemente con mayor lucidez la compleja y cada vez más acuciante problemática ambiental del planeta ha sido el Papa Francisco, quien desde el inicio de su Carta Encíclica *Laudato Si'* reconoce y subraya la especial importancia de un acercamiento estético respecto de ella. De este modo, desde sus primeras páginas, advierte a los católicos “y a todos los hombres de buena voluntad” que

Si nos acercamos a la naturaleza y al ambiente sin esta apertura al estupor y a la maravilla, si ya no hablamos el lenguaje de la fraternidad y de la belleza en nuestra relación con el mundo, nuestras actitudes serán las del dominador, del consumidor o del mero explotador de recursos, incapaz de poner un límite a sus intereses inmediatos (Francisco, 2015, p. 11).

Ya anteriormente, Francisco había subrayado la importancia de la experiencia estética en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (La alegría del Evangelio) al mencionar que en toda catequesis se preste especial atención al “camino de la belleza” (*via pulchritudinis*), lo cual no debe conllevar “fomentar un relativismo estético, que pueda oscurecer el lazo inseparable entre verdad, bondad y belleza, sino de recuperar la estima de la belleza para poder llegar al corazón humano y hacer resplandecer en él la verdad y la bondad” (Francisco, 2015, p. 56).

Resulta revelador que la sugerente expresión “nuestra casa común” que utiliza Francisco cuando se refiere a nuestro planeta, la cual es - en palabras de Francisco de Asís - “la hermana nuestra madre tierra, la

cual nos sustenta, y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba” (Francisco, 2015, p. 3), sea una expresión en cierto sentido equivalente a la *Pachamama* (madre Tierra) de varios pueblos originarios latinoamericanos.

En buena cuenta, la expresión “nuestra casa común” en la concepción y alcances que Francisco le otorga en su encíclica está relacionada, tanto a la entidad interconectada y viva como la concibió Humboldt, como a la compleja y comprehensiva concepción de *Tierra* del teólogo y ecologista Leonard Boff para quien

La Tierra un organismo vivo, es la Pachamama de nuestros indígenas, la Gaia de los cosmólogos contemporáneos. En una perspectiva evolucionaria, nosotros, seres humanos, nacidos del humus, somos la propia Tierra que llegó a sentir, a pensar, a amar, a venerar y hoy a alarmarse (Citado por Zaffaroni, 2011, p. 88).

Ahora bien, para Francisco cualquier relación con la tierra como entidad física no puede ni debe desatender la relación con las demás personas, toda vez que dicha relación es necesaria y da cuenta de la imbricación necesaria entre la experiencia estética y la deliberación ética, por cuanto en caso contrario estaríamos ante “un individualismo romántico disfrazado de belleza ecológica y un asfixiante encierro en la inmanencia” (Francisco, 2015, p. 94).

Esta relación con nuestra casa común, que para Francisco imbrica necesariamente el entorno físico con la sociedad humana, tiene también una raigambre profunda en las concepciones de los pueblos originarios latinoamericanos para quienes

las plantas, los animales, los bosques, los ríos, son parte de una sola entidad socio-cósmica, puesto que la vida en comunidad no se limita a los lazos entre humanos, sino que abarca el conjunto de los componentes del medio ambiente,

los cuales son percibidos y sentidos como partes inseparables del dominio social (Giraldo, 2015, p. 643).

Para Francisco, solo asumiendo esta actitud fraterna y de apertura a la belleza, la cual “no puede ser despreciada como un romanticismo irracional”, estaremos en capacidad como seres humanos de sobreponernos a la actual crisis global a pesar de los condicionamientos mentales y sociales que se nos imponen cotidianamente (como el afán desmedido de lucro, el consumismo exacerbado, la expoliación permanente de los pueblos indígenas, entre otros); y, de regenerarnos en medio de tanta degradación.

Precisamente para ello, Francisco insiste en que debemos estar conscientes cotidianamente de que la experiencia estética, propuesta como prestar atención a la belleza y amándola, “nos ayuda a salir del pragmatismo utilitarista. Cuando alguien no aprende a detenerse para percibir y valorar lo bello, no es extraño que todo se convierta para él en objeto de uso y abuso inescrupuloso” (Francisco, 2015, p.163).

También en su reciente Exhortación Apostólica *Laudate Deum*, dedicada a la crisis climática global y considerada como una ampliación de la encíclica *Laudato Si'*, Francisco ha insistido en la importancia de la experiencia estética al subrayar, en el sexto y último apartado dedicado a las *Motivaciones* Espirituales, que Jesús “podía invitar a otros a estar atentos a la belleza que hay en el mundo porque él mismo estaba en contacto permanente con la naturaleza y le prestaba una atención llena de cariño y asombro” (Francisco, 2023, p. 14), para luego invitar a “acompañar este camino de reconciliación con el mundo que nos alberga, y a embellecerlo con el propio aporte, porque ese empeño propio tiene que ver con la dignidad personal y con los grandes valores” (Francisco, 2023, p. 15).

En el mismo sentido, el filósofo surcoreano Byung-Chul Han en las sugerentes reflexiones incluidas en su obra “Loa a la tierra. Un viaje al jardín”, en las cuales aborda la jardinería como un arte que promueve

el ejercicio de la meditación y la oración, desarrolla un alegato por el cuidado de la tierra a partir de la belleza que nos prodiga, insistiendo en la necesidad acuciante de “volver a aprender a asombrarnos de la tierra, de su belleza y su extrañeza, de su singularidad. En el jardín experimento que la tierra es magia, enigma y misterio. Cuando se la trata como una fuente de recursos que hay que explotar, ya se la ha destruido” (Byung-Chul, 2019, p. 32).

Así, Byung-Chul Han, del mismo modo que Francisco, considera que la experiencia estética está íntima y mutuamente imbricada con un trato respetuoso y “fraterno” de la naturaleza. En este sentido, resalta que en alemán el término “schonen” (tratar con cuidado) está asociado etimológicamente con “das Schöne” (lo bello), de este modo “Lo bello nos obliga, es más, nos ordena tratarlo con cuidado. Hay que tratar cuidadosamente lo bello. Es una tarea urgente, una obligación de la humanidad, tratar con cuidado la tierra, pues ella es hermosa, e incluso esplendorosa” (Byung-Chul, 2019, p. 13).

En esta misma línea, el activista y educador español Nicolás Martín Sosa (1942 – 2001) dedicó parte significativa de su reflexión a la fundamentación de lo que denominó una “Ética Ecológica”, la cual conlleva su vez una educación ambiental que posibilite un cambio de percepción en la relación de los hombres con su entorno.

Resulta de especial interés que los componentes de esta “ética ecológica” propuesta por Sosa no sean solo contenidos de justicia, sino también de bienestar emocional y de calidad de vida, lo cual conlleva subrayar que nuestras emociones, afectos y sentimientos no estén ausentes de la dimensión moral y ética como personas. De este modo, Sosa propone la necesidad de introducir la dimensión estética en la reflexión moral, ello por cuanto

en esa dimensión entran elementos que también forman parte importante de nuestra vida y que no se dejan encerrar en los moldes de la argumentación epistémicamente rigurosa

ni en los contenidos de cálculos de coste y ganancia que suelen presidir, de manera unilateral y cada vez más, las consideraciones de los humanos a la hora de decidir políticas, inversiones, proyectos, actividades... (Sosa, 1995, p. 143).

También para el ecologista, poeta y filósofo español Jorge Riechmann la actual crisis ecológica nos interpela – sobre todo desde la segunda mitad del siglo pasado - hacia una “ética ecológica”, la cual no se encuentra desligada de la experiencia estética, sino que conlleva más bien concebirla imbricada a una “nueva estética ecológica”.

Para Reichmann la experiencia estética es consustancial para el cuidado de nuestra casa común, en la medida que sin ella no podremos afrontar el consumismo compulsivo y el afán expoliador, productos de la insatisfacción y desnutrición emocional de la mayoría de las personas. De este modo, la experiencia de la belleza, lejos de ser un lujo, se convierte en una necesidad existencial, lo cual conlleva que “despreciar las necesidades estéticas, hacer caso omiso de la sensualidad y la calidad perceptiva, dificulta terriblemente la reorientación hacia la sustentabilidad. Sin belleza no cabe imaginar una vida humana cumplida” (Reichmann, 2012).

Por su parte, la profesora española Marta Tafalla viene dedicando también parte significativa de su labor filosófica a reflexionar sobre el valor de la experiencia estética de la naturaleza para la deliberación ética, reflexión que ha conllevado plantear su tesis sobre la “belleza natural como argumento ecologista”, la cual a su vez replantea la cuestión del “valor instrumental” y el “valor intrínseco” de la naturaleza.

Precisamente en dicho sentido, para Tafalla la principal importancia de la experiencia estética de la naturaleza es irrumpir en nuestra experiencia práctica cotidiana para hacernos conscientes de su valor intrínseco y consecuentemente actuar no solo desde la “razón instrumental” y las ansias de dominio y expoliación que conllevan, sino con una actitud de cuidado y protección. Ello “en cuanto le

reconocemos a un objeto un valor estético, dejamos de verlo como un instrumento, dejamos de usarlo como un medio para conseguir nuestros fines, y en vez de eso, nos detenemos para contemplarlo y admirarlo” (Tafalla, 2005, p. 220).

Si bien Tafalla subraya la importancia de la experiencia estética para la deliberación ética, ello no obsta renunciar a esta, sino más bien la complementa y fortalece. Es en este sentido en el cual la experiencia de la belleza se convierte - desde un enfoque humanista - en un “argumento ecologista”. De este modo, recurrir a la experiencia estética “no debe verse como una renuncia a la moral. Se trata tan sólo de una de esas muchas y diversas ocasiones en que la estética le echa una mano a la moral” (Tafalla, 2005, p. 223).

Este “echar una mano a la moral” y la complementariedad de lo singular de la experiencia estética respecto del ejercicio de deliberación ética, también fue abordado y sugerido por Jürgen Habermas, quien llegó a afirmar que en determinados contextos y en algunos aspectos la experiencia estética de la naturaleza puede ser más contundente - de “mayor peso” - que las razones éticas, ello por cuanto

en la experiencia estética de la naturaleza, las cosas se retiran por así decir a una inaccesible autonomía e intangibilidad, y sacan entonces a la luz su vulnerable integridad con tanta claridad que nos parecen inviolables por sí mismas, y no meramente como partes deseadas de una forma de vida preferida (Habermas, 2000, p. 231).

Finalmente, desde el ámbito del psicoanálisis también se ha insistido recientemente en el denominado “estado mental ecológico” (término propuesto por Sally Weintrobe) a través del cual, a partir de la conciencia de que formamos parte del ecosistema, pueden desarrollarse nuevas representaciones de la naturaleza y de la felicidad que no se encuentren relacionadas al consumo.

Como sostiene la psicoanalista española Ana Romagosa, ello conlleva “desarrollar la capacidad de tolerar y metabolizar la ansiedad ante la pérdida irreversible que el cambio climático conlleva y afrontarla con esperanza, responsabilidad y creatividad” (Romagosa, 2021).

Lo que se propone en buena cuenta, desde el ámbito del psicoanálisis, es un cambio psíquico que nos lleve a un nuevo estado mental, cambio en el cual la experiencia estética de la naturaleza tendrá especial relevancia en la medida que puede coadyuvar “a estimular un cambio interno en nuestras representaciones, emociones, teorías, prioridades y actitudes y a recuperar el vínculo con el mundo natural del que nos hemos ido desconectando sin darnos cuenta” (Hernández, 2023, p. 6).

A modo de conclusión

Nos habíamos propuesto abordar sucintamente el aporte fundacional de Alexander von Humboldt en un acercamiento múltiple e integrador hacia la naturaleza (elemento ineludible del cuidado de nuestra casa común), y reseñar los aportes de algunos autores y autoras contemporáneos que, desde el talante humanista, nos interpelan hacia dicho cuidado desde la revalorización de la “experiencia estética” como motivación y acicate necesario – y ciertamente consustancial – de nuestras deliberaciones éticas.

A partir de los principales aportes antes abordados, consideramos que cada vez se hace más patente la necesidad de insistir en el valor de la experiencia estética en brindar un renovado aliento en la ineludible y apremiante tarea de afrontar la actual crisis ambiental y climática, no solo de modo complementario a la búsqueda científica y la reflexión ética, sino como elementos consustanciales de estas.

Precisamente en este sentido, consideramos que en la imbricación necesaria (“lazo inseparable”, en palabras del Papa Francisco) entre

verdad, bondad y belleza a la cual aluden varios de los autores y autoras antes reseñados, encontramos el talante intrínsecamente humanista de la experiencia estética, ello en la medida que suscita y alienta tanto la voluntad de conocimiento (verdad) como el sentimiento de bondad y trato respetuoso hacia nuestra casa común (entendida como una irreductible unidad entre el medio físico y todos los seres, tanto humanos como no humanos, que la habitamos).

Solo desde este enfoque integrador y de explícita raigambre humanista, ciertamente más cercano a los enfoques holísticos de los pueblos originarios que a los desvaríos de la modernidad occidental, estaremos en capacidad de afrontar los próximos tiempos con todos los pertrechos de genuina humanidad que aún nos quedan, reconociendo la actualidad de aquella premonitoria sentencia de Friedrich Schiller, “lo que recibimos aquí como belleza, se nos presentará un día como verdad”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ceronetti, G. (2010). *La linterna del filósofo*. (J. Díaz de Atauri, trad.). Acantilado.

Char, R. (2002). *Furor y Misterio*. (J. Riechmann, trad.). Visor.

Francisco (2013). Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.pdf

Francisco (2015). Carta Encíclica *Laudato Si'*.
https://www.vatican.va/content/dam/francesco/pdf/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si_sp.pdf

- Francisco (2023). Exhortación Apostólica *Laudato Deum*.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/20231004-laudate-deum.pdf
- Giraldo, O. (2015). Agroextractivismo y acaparamiento de tierras en América Latina: una lectura desde la ecología política. *Revista Mexicana de Sociología*, 77.
https://www.researchgate.net/publication/282349335_Agroextractivismo_y_acaparamiento_de_tierras_en_America_Latina_Una_lectura_desde_la_ecologia_politica
- Giusti, M. (2015). *Disfraces y extravíos. Sobre el descuido del alma*. Fondo de Cultura Económica.
- Giusti, M. (2015). Congratitud. A Salomón el sabio. En: Giusti, M., Gutiérrez, G. y Salmón, E. (Eds.). (2015). *La verdad nos hace libres. Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad* (pp. 19-30). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://doi.org/10.18800/9786123171148.001>
- Habermas, J. (2000). *Aclaraciones a la ética del discurso*. Trollea.
- Han, B-C. (2019). *Loa a la tierra. Un viaje al jardín*. Herder.
- Hernández, M. (2023). Reflexiones desde el psicoanálisis a los retos ambientales de hoy. A propósito del libro *Desafíos y perspectivas de la situación ambiental en el Perú*. *Revista Kawsaypacha*, 11.
<https://doi.org/10.18800/kawsaypacha.202203.R001>
- Humboldt, A. (1874). *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Gaspar y Roig Editores. <https://www.biodiversitylibrary.org/bibliography/26923>

- Leis, H. R. (2004). *A Modernidade insustentável: as críticas do ambientalismo à sociedade contemporânea*. Centro Latinoamericano de Ecología Social.
<http://ecologiasocial.com/wp-content/uploads/2016/09/LeisModernidadeInsustentavel2004.pdf>
- Leopold, A. (2000). *Una ética de la tierra (Antología)*. (J. Reichmann, Ed.). Los libros de la Catarata.
- Lledó, E. (2020). *En torno al “bienser”*. (E. Rodríguez, ant.). Junta de Andalucía.
- Reichmann, J. (2012, 3 de enero). Ecología y belleza. *Tratar de comprender, tratar de ayudar* [blog]. <http://tratarde.org/ecologia-y-belleza/>
- Romagosa, A. (2021). Aportaciones del psicoanálisis y el arte a la crisis climática y ecológica. *Temas de psicoanálisis (Revista de la Sociedad Española de Psicoanálisis)*, 21. <https://www.temasdepsicoanalisis.org/wp-content/uploads/2021/01/Anna-Romagosa.-Aportaciones-del-psicoanalisis-y-el-arte-a-la-crisis-climatica-y-ecologica.pdf>
- Schiller, F. (1994). *Poesía filosófica*. Hiperión.
- Sosa, N. (1995). Los caminos de fundamentación para una ética ecológica. *Revista Complutense de Educación*, 6(2), pp. 121-145.
<https://revistas.ucm.es/index.php/RCED/article/view/RCED9595220121A>
- Tafalla, M. (2005). Por una estética de la naturaleza: la belleza natural como argumento ecologista. *Revista Isegoría*, 32, pp. 215-236.
<https://doi.org/10.3989/isegoria.2005.i32.445>
- Tubino, F. (2015). Apología y ocaso de la formación humanista en la educación universitaria. En: Giusti, M., Gutiérrez, G. y Salmón, E. (Eds.). (2015). *La verdad nos hace libres. Sobre las relaciones entre*

filosofía, derechos humanos, religión y universidad (pp. 733-741).
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
<https://doi.org/10.18800/9786123171148.045>

Wulf, A. (2019). *La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander von Humboldt*. Taurus.

Zaffaroni, E. (2011). *La Pachamama y lo humano*. Ediciones Madre de Plaza de Mayo.
https://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/obrasjuridicas/oj_20180808_02.pdf